

# MADRE DE FAMILIA



## REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

## AÑO 3.º—NÚMERO 30.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Agosto de 1877.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

## SUMARIO.

**El sueño de un ángel**, por doña Ana Verdier.—**La Esperanza**, poesía, por don Everardo Jimenez Gavarre.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A.....**, poesía, por doña Eloisa Gonzalez.—**El hermano Leon**, por don F. G. R.—**Variedades**.

## EL SUEÑO DE UN ÁNGEL

Acababa de dar las nueve el reloj de la parroquia.

La noche estaba serena, ni una nube en el cielo. El pálido resplandor de la luna penetraba por los cristales de una pobre boardilla y acariciaba las rubias cabelleras de dos niños pálidos, enfermizos, tristes como la desgracia y hermosos como dos querubos.

—Oye, oye, Luis—dijo el mayor á su hermano, por cuyo rostro acababa de ver rodar dos gruesas lágrimas—cantan en casa del tío Blas; ¡qué dichosos son, no tienen hambre, no tienen frío! añadió el infeliz.

—¡Á Antonio le ha comprado su padre un tambor así!—contestó Luis abriendo los brazos

—y á Pedro un caballo de carton grande como el perro del Sr. Lucas..... Yo quise subirme en él, pero Pedro me dió un empujon y me dijo:—¡anda! que te compre uno tu madre.

—Mamá no puede—interrumpió el mayor con tristísimo acento—¡porque somos muy pobres! pero no llores, Luis; cuando yo sea hombre trabajaré y te compraré todo lo que tú quieras.

—Tengo frío, Andrés—murmuró el niño.

Andrés se quitó su chaqueta y envolvió en ella á su hermano.

—¿Quieres que nos acostemos?—preguntó señalando un miserable jergon cubierto con una manta hecha girones.

—¡No, no!—contestó el niño—pues dormirías y cuando no me hablas tengo miedo.

—Mamá vendrá pronto, porque ya es tarde y tú tendrás gana, Luis.

—¡Oh! ¡sí, hermano!.... no me atrevia á decírtelo, pero tengo hambre.

—Espera—dijo Andrés registrando el cajon de una mesa de pino—aún queda un pedazo de pan.... toma.

—¿Y tú, Andrés?—preguntó Luis mirando con codicia el miserable mendrugo que su hermano le ofrecia.



—Yo no tengo gana—contestó el niño volviendo á un lado la cabeza, pues mentía—como tú, Luis....

Luis no se lo hizo repetir.

En la boardilla inmediata seguian los vecinos riendo y cantando.

—¡Qué contentos están todos!—exclamó Luis.

—Son los dias del tio Blas y por eso se alegran—contestó Andrés—yo tambien me he divertido mucho....

—¿Cuándo fué esto, Andrés?

—Tú eras muy pequeño, pero me acuerde. ¡Vaya si me acuerdo! Papá me sentaba en sus rodillas y medaba muchos besos.

—¿Dónde está papá, hermano?

—No sé—contestó Andrés—un dia se marchó y mamá lloró muchísimo; desde entonces nos dice todas las noches al darnos un beso: «Orad por vuestro padre.»

—El hijo de la lechera dice que su padre está en el campo santo: ¿estará tambien el nuestro, Andrés?

—No sé, hermano.

—¿Quieres que se lo preguntemos á mamá?

—No; pues lloraria y me da tanta pena verla llorar.

—Siento ruido en el pasillo.

—¡Escucha!

—Ahora andan en la cerradura.

—Será nuestra madre, no te asustes, Luis.

Los dos niños se estrecharon el uno contra el otro temblando de miedo y sin atreverse á hablar.

La puerta se abrió y una mujer entró en la pobre estancia.

Al verla los niños dieron un grito de alegría y corrieron á su encuentro:

—¡Madre! ¡Madre! exclamaron.

La mujer se dejó caer en un asiento y recibió sus caricias.

—¡Cuánto has tardado!—dijo Andrés.

—¿Me traes dulces?—preguntó Luis.

La mujer se estremeció, y con mano trémula separó los niños.

—¡Dejadme!—dijo.

—Madre—preguntó Andrés—¿por qué lloras? La mujer no contestó.

Andrés se arrodilló á sus piés.

—No llores, madre mia—dijo—si piensas en nuestro padre, rezaremos por él.... y si no traes con que cenar esta noche, no te aflijas.... mi hermano y yo hemos cenado.

—¡Ah!—exclamó la mujer alzando su pálido rostro—¿quién se ha acordado de vosotros, ángeles del cielo?

—Nadie—contestó Luis;—pero nos hemos en-

contrado un pedazo de pan en el cajon de la mesa.

—Y nos lo hemos comido—añadió Andrés haciendo á su hermano señas para que no le desmintiera.

La mujer volvió á sepultar el rostro entre sus manos.

—¡Qué he hecho yo, Dios mio!—murmuró entre sollozos—¡que he hecho para que me castigéis así!

Andrés rodeó su cuello con sus brazos y Luis se sentó en sus rodillas.

La infeliz los estrechó contra su corazon, los besó repetidas veces, luego los separó suavemente, y dijo:

—¡Id á dormir.... dejadme.... dejadme! añadió casi con aspereza al ver que los niños se resistian á obedecer.

—Ven, Luis, ven—dijo Andrés asiendo la mano de su hermanito. Y las dos criaturas se echaron en el jergon tiritando de frio y conteniendo el llanto que asomaba á sus ojos.

La madre volvió á sus reflexiones.

Al poco rato Luis quedó profundamente dormido. Andrés contemplaba á su madre y sentia un malestar extraño, hijo sin duda, de la debilidad; á pesar suyo se cerraban sus ojos; apenas si oia confusamente las alegres carcajadas y los cantos que desde el anochecer herian sus oidos difundiendo mas tristeza en su corazon....

Una languidez extraña, casi grata, se habia apoderado de él; incapaz de resistir, dejóse caer en la almohada, y no sabiendo el pobre niño si iba á dormirse ó á morir, dirigió á su madre una tristísima mirada y quedó inmóvil.

Entonces tuvo una vision.... un sueño.

Como su última mirada habia sido para su madre, fué á su madre á quien en sueños vió.

Vióla abatida, deshecha en llanto; luego sombria, convulsa, pasearse por la habitacion y acercarse á su cama.... vió en sus ojos una luz extraña, en sus mejillas la palidez de la muerte, y en todo su rostro una desesperacion inmensa y como una resolucion fatal.

La mujer contempló por un momento á sus hijos, dió un paso atrás, volvió junto á la cama, y por fin cayo de rodillas exclamando con acento desgarrador.

—¡Perdon, perdon Dios mio!

En aquel momento se abrió suavemente la puerta, y un hombre se presentó en el dintel.

Era joven aún; su rostro marchito, su andar inseguro, sus ojos sin expresion, sin luz, sus labios contraídos en que vagaba estúpida sonrisa, todo en él atestiguaba una degradacion moral que hacia repulsivo á aquel hombre cuyas fac-



ciones debian haber sido simpáticas, casi hermosas, y se comprendia al verle que era uno de esos seres sin fuerza, sin energía para aceptar con valor las luchas de la vida.

—¿Por qué estás sin luz, Inés?—preguntó—tan oscura está esa escalera, que no acertaba con tu puerta.—¡Pardiez! ¿eres muda, no me conoces? Soy yo.... Juan.

Al oír esa voz, la mujer se levantó convulsa, agitada.

(Concluirá.)

Ana Verdier.

## LA ESPERANZA. (1)

ODA

DEDICADA Á MI BUENA AMIGA

LA SEÑORA DOÑA ELENA VIDAL.

Gime el pobre cautivo

Llorando en su prision ¡ay! sin consuelo,  
Lágrimas de dolor, que su amargura,  
Su ansiada libertad, su desventura  
Mortal le arranca de congoja y duelo;  
Oíreis la maldición que al mundo lanza,  
Pero nunca vereis  
Por mas que os esforceis,  
Que pierde por completo la *esperanza*.

El valiente marino

Que intrépido atraviesa el Océano,  
Siguiendo su camino  
En una débil nave, que vacila  
Mecida por las olas,  
Y á cada paso oscila;  
Y vé en el horizonte, allá lejana,  
Una faja negruzca que aparece  
Y poco á poco crece  
Cubriendo el firmamento;  
Que vuélvese contrario fuerte viento,  
Que las olas mugiendo alzan airadas  
Á la misera nave combatida,  
Y que bajan y suben, impulsadas  
Por una fuerza asaz desconocida  
Que las junta y separa,  
Formándolas montañas espumosas  
Ó abismos insondables,  
Que al unir las de nuevo, estrepitosas,  
Parece nos saludan amigables.  
No pierde la *esperanza*  
En su Dios, que piadoso desde el cielo  
Contempla su martirio, vé su anhelo:

(1) Leída ante la Juventud Católica el 10 de Junio del pasado año.

Y plácida bonanza

Debida al Ser Supremo á quien adora,  
Sucede á la tormenta asoladora.

El soldado valiente

Que marcha á la batalla confiado,  
Porque antes de partir, con voz ferviente  
En la iglesia de Dios hubo rezado.  
Y al entrar en combate un ¡ay! exhala  
Que en nuestra alma compasion incita,  
Al ver su noble pecho  
Atravesado por ardiente bala;  
Y cae en tierra, con la faz marchita,  
Morado el lábio, cárdena la herida;  
Conociendo sus últimos momentos  
Pide á Dios por su madre muy querida,  
Y *esperando* clemencia  
Del Señor en su santa omnipotencia,  
Cual mártir con su palma  
Al Redentor del mundo da su alma.

Desde el rey hasta el último vasayo,  
Hasta el mas pobre, desde el mas potente,  
Del límite de un polo al otro polo,  
De allá desde el Oriente hasta Occidente,  
La humanidad, el mundo entero, solo  
Su oficio es *esperar*, que la *esperanza*  
Gérmen es de la vida,  
Es la flor bendecida  
Cuyo olor esparcido por el mundo  
Destruye las pasiones  
De este caos profundo  
Donde todo se vuelven ambiciones.

Y yo entretanto guardo aquí en mi mente  
Esta expresion sublime y elocuente:  
«Quien tiene en el Señor fija *esperanza*  
Dicha y cumplida paz por siempre alcanza.»

Everardo Jimenez Gavarre.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Fabian.

Anoche estaba tan agitada, hermano mio, que no sé si comprenderias mi carta ni lo que pasaba por mí.

Hoy vuelvo á escribirte: necesito hacerlo: creo que mi corazon y mi cabeza estallarían si tuviese que encerrar dentro de ellas mis ideas y mis sentimientos.

He pasado la noche llorando y pidiendo á Dios que sostuviese mis fuerzas, y que me mostrara el camino que debia seguir.

¡Es tan triste bajar del pedestal en que un ser que nos es querido nos tenia colocadas! ¡es tan



doloroso perder la aureola de la virtud que él veía brillar en mis sienes!

¡Oh Fabian! ¿comprendes tú el dolor de sentir enrojecida la frente por la vergüenza de una culpa que no se ha cometido? temer aparecer ante la presencia de personas que ayer nos estimaban, y que acaso nos desprecian hoy?

¡Ay! Dios solo sabe cuánto temía la vuelta del nuevo día, y sin embargo, su luz me halló aun despierta, é iluminó en mis ojos las lágrimas mas amargas que el destino ha hecho brotar en ellos.

Pero aun en este día me quedaba que sufrir mas.

Sí, hermano mio; aun tenían que desgarrar mi alma pruebas mas crueles, pesares mas espantosos, luchas mas terribles que las que he sostenido hasta aquí.

Apenas era bien de día, cuando he sentido pasos en el corredor.

Se han detenido ante mi puerta, y una mano medrosa ha llamado recatadamente pronunciando á la vez mi nombre.

Me he estremecido y he corrido á abrir; pero mi asombro ha sido aun mayor al ver ante mí á la condesa Amelia, pálida y alterada.

Sí, Fabian, era ella; ella que no me ha mandado llamar como otras veces, si no que ha venido á buscarme hasta mi humilde habitacion.

Sin duda ha luchado mucho antes de decidirse á dar este paso, porque se hallaba muy conmovida, y no encontraba una palabra con que explicar el motivo de su venida.

—María, murmuró al fin; yo la ruego á V. que cierre esa puerta.

La obedecí sin responder.

Era la vez primera que la palabra *ruego* aparecía en sus labios al tener que dirigirse á mí.

—Siéntese V., añadió, está V. muy pálida.

—Señora, respondí; el criado está bien de pié junto á su señor.

—Perdone V. añadió, haciendo un esfuerzo supremo; perdone V. si alguna vez he abusado de las ventajas que la suerte me ha concedido. Acostumbrada á tener á mi servicio séres necios y vulgares, no habia comprendido toda la lealtad y la grandeza de su alma. Dios puede dotar de inteligencia y de abnegacion lo mismo á la que nace en dorada cuna, que á la que viene al mundo en una oscura condicion.

Una triste sonrisa plegó mi boca; ¡ay! que recordaba, hermano mio, que nuestro origen era por lo menos tan noble como el de esta mujer, que blasona de alto linaje.

—Siéntese V., insistió; tenemos que hablar y no quiero verla de pié.

Tomé una silla y me coloqué á su lado: entonces ella, mirándome fijamente,

—María, exclamó: ante todo quiero justificar-me con V.

—¿Conmigo? respondí admirada.

—¡Oh! sí, con V., se apresuró á decir: con V. que acaso me juzga mas culpable de lo que soy. Nada respondí. ¿Qué iba á decirle si realmente la acusaba mi corazon y mi pensamiento?

Ella, notando mi silencio,

—Me cree V. una mujer sin alma, una mujer que falta á su deber y que mancha el nombre que lleva, y esto no es cierto; seré imprudente, seré desgraciada, pero nada mas.

—¡V. desgraciada! la dije; ¡V., colmada de todos los dones que hacen feliz á la criatura! ¡Oh! no insulte V. á Dios llamándose desgraciada, señora, y deje ese triste derecho á las que deben muy poco á la suerte.

—Es que.... V. no sabe.... trató de añadir.

Yo no la dejé acabar, y la dije con uno de esos arranques que no podemos dominar:

—Infeliz es aquella que pierde en un solo día riquezas, comodidades, títulos, y que baja en un momento todos los desiguales escalones de la esfera social; que acostumbrada á mandar ayer, es mandada y obedece hoy; que adoraba á su padre y le ha perdido; que reconcentraba sus afectos en una madre, en unos hermanos ejemplares, y tiene que huir de su lado, y abandonar su querido hogar para ganar un pedazo de pán empapado en las lágrimas de la servidumbre. Infeliz, sobre todo, es la que siente en su corazon la llama de un amor tan imposible como inmenso, tan casto y grande como ignorado, y tiene que apagarla entre mares de llanto, y tiene que ahogar-la á fuerza de suspiros; guardando su secreto entre su alma y Dios, y sin tener para sostener esta lucha una mano amiga ni un corazon en quien depositar sus gemidos. ¡Oh! no se llame V. desgraciada, señora, si no ha sufrido todo esto, y bendiga al cielo porque ha querido apartar de su paso las pruebas amargas de la vida.

Amelia me escuchaba con una profunda atencion, y su semblante, pálido como el mármol al entrar, se coloreó con un fugitivo color de rosa, al oír aquellas palabras.

Despues acercó un poco su silla á la que yo ocupaba, y murmuró:

—¡V. ha sufrido todo eso! y no murmura nunca, y nunca se queja! ¡Oh! tiene V. razon: hay dolores muy grandes en la vida, y debe ser cruel el soportarlos.

Yo, sin saber cómo, habia descubierto todas las heridas de mi alma, y estaba agobiada ante estos recuerdos; ella se hallaba conmovida, y



así permanecemos ambas preocupadas por nuestros pensamientos, y sin que una sola frase volviese á acudir á nuestros labios.

Al fin Amelia rompió el silencio de nuevo, diciendo con pausada voz:

—Al escuchar á V. he olvidado el objeto que aquí me traía y debo recordarlo, pues de él depende mi tranquilidad y la tranquilidad de todos los míos. María, anoche, por una casualidad providencial, se hallaba V. en el jardín y pudo salvarme de la deshonra.

—Sí, respondí con amargura: dejándola caer entera sobre mí!

Nada contestó á estas frases, y continuó de este modo:

—Yo estaba muy cerca, oculta entre las ramas, y todo lo oí; en el primer momento de sorpresa no se atrevió V. á defenderse, calló sin intentar acusar á nadie, y yo vengo á rogar á V. que guarde un secreto cuya revelación sería mi ruina, y que entre las dos busquemos el modo de que V. se disculpe también.

—¿Y qué disculpa puede haber para un hecho semejante? la pregunté mirándola fijamente.

—Entonces, dirá V....

—No; callaré, señora, callaré siempre, la respondí. No fué la casualidad la que me llevó á aquel sitio; no fué la sorpresa la que hizo enmudecer á mi lengua; fué algo más grande, algo que V. no puede comprender ni yo le explicaría nunca, lo que guió mis pasos y dominó mi voluntad; pero lo mismo que hice anoche, haré siempre.... ya sabe V. que ayer mismo la evité un peligro y la advertí de un precipicio.

—¡Oh! sí, sí; tiene V. razón....; pero esa abnegación.... ese sacrificio es inconcebible: algún móvil la impulsa á V., algún móvil que no comprendo: no, ninguna criatura obra de ese modo, sin una razón muy poderosa para ello.

—Se engaña V., señora; nada espero, nada exijo, por lo que V. llama mi sacrificio; pero soy una pobre niña cuyo nombre oscuro y desconocido á nadie interesa que esté ó no limpio de toda mancha. ¡Y luego.... sobre la losa de un sepulcro todos los nombres son iguales! á nadie hago infeliz tampoco, porque nadie me ama hasta el punto de sufrir por mí, y Dios, que tiene derecho á pedirme cuenta de mis acciones, ¡ay! Él sabe que mi conciencia está tranquila.

La condesa fijó en mí sus grandes y hermosos ojos, como queriendo penetrar en lo profundo de mi alma; su semblante tomó una expresión de duda y asombro, y murmuró á media voz:

—No, eso no puede ser! el corazón humano no es capaz de tanto.

Luego, levantándose para marchar,

—María, añadió: no quiero que me vean aquí, porque esto causaría extrañeza á los demás criados, y se harían mil suposiciones que quiero evitar; pero es preciso que hablemos, es preciso que yo sepa su pasado de V., porque estoy cierta que no es una simple hija del pueblo, nacida en humilde condición; es preciso también que yo le abra á V. mi corazón, porque comprendo que el de V. es muy grande y muy leal, y quiero que me conozca y.... que me dé consejo; esta noche, cuando mi madre no necesite de sus servicios venga V. á mi cuarto, allí la espero.

—Obedeceré, dije.

—No, no, contestó; no es la señora quien lo ordena, es la amiga quien lo suplica.

Sin aguardar mi respuesta, y como violentada por lo que me había dicho, salió de mi estancia, y cruzó rápidamente el corredor para dirigirse á la suya, antes de que nadie pudiera verla, porque ninguno se había levantado aun.

Oh! ya era tiempo en verdad de que me dejase sola, pues un minuto después Pedro entraba en mi habitación y me decía con aire reservado:

—El señor conde ruega á V. que baje un momento al jardín; está solo, creo que quiere dar un paseo, y como aun es temprano y yo tengo que cumplir algunas órdenes suyas, me ha dicho que le ruegue en su nombre que le preste el apoyo de su brazo, pues el pobre, ya lo sabe V., no puede valerse solo.

—Dígale V. que mi anciana señora puede necesitarle; murmuré anhelando evitar aquella entrevista, cuyo objeto ignoro.

—Doña Juana no se levanta hasta las diez y apenas son las seis; yo le he dicho esto á mi señor, y por eso....

—Está bien, dígame V. que bajo al punto; exclamé para no llamar la atención de Pedro.

Este salió, yo me puse un chal sobre los hombros y me dispuse á satisfacer los deseos de Horacio.

Mañana, Fabian mío, te referiré nuestra entrevista: hoy no puedo escribir más; mi cabeza vacila, mi pulso está débil. ¡He sufrido y llorado tanto!

Adios: espera mi carta y no dejes de compadecer á tu pobre hermana—MARÍA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.





Á.....

## RECUERDO EN GENERALIFE

EL 5 DE AGOSTO DE 1877.

Alhambra, de tus jardines  
 en las perfumadas flores,  
 en tus bosques soñadores  
 y en tus lagos de zafir,  
 guarda el bendito recuerdo  
 del santo amor de mi alma;  
 iris de apacible calma,  
 astro de mi porvenir;  
 y de tus noches calladas  
 en las sombras misteriosas,  
 en el cáliz de tus rosas  
 y en tus auras de azahar,  
 vagará como el suspiro  
 de una doliente plegaria,  
 blanca luz, que solitaria  
 brilla en solitario altar:  
 guarda la dulce memoria  
 de un amor casto y profundo,  
 bien sé que no puede el mundo  
 su grandeza comprender.  
 ¡Ay! por eso tu amargura  
 es de mi tristeza hermana,  
 yo pensando en el mañana  
 tú recordando el ayer.

Eloisa Gonzalez.

## EL HERMANO LEON.

(Continuacion).

—No, hijo mio, dijo el hermano Leon deteniéndolo con calor, no partireis así, sin que yo complete mi obra. Despues de haberos salvado la vida, quiero hacer algo por vuestra alma.

El extranjero se detuvo.

—Por mi alma! dijo con amarga sonrisa, bien se conoce reverendo padre, que ignorais quien soy.

—Yo sé que Jesucristo ha vertido toda su sangre por salvarte: yo, pobre monge, quiero darte los medios de que no caigas en la tentacion. Habla, todo lo que yo tengo es tuyo.

—Todo....? preguntó el extranjero, señalando con el dedo el armario. Vamos, padre mio, no quiero cogeros la palabra, sin embargo que teneis ahí dentro tantas riquezas como hay en el tesoro del gran Mogol, y aunque soy.... El desconocido bajó la voz al pronunciar el nombre de Juan Rouaut, por sobrenombre Brúlefer, rey de

los Desolladores. Conozco que os causo horror, continuó, viendo al monge retroceder instintivamente.

—Has sido muy criminal, hijo mio, respondió el hermano Leon; sin embargo, has hecho algun bien en la guerra con tus bandidos, y por ese poco bien, aquel que nos ha de juzgar á todos segun nuestras obras, te perdonará el mucho mal que has causado.

—Entre tanto, repuso el rey de los Desolladores, él tendrá allí en mí, como poco mas ó menos en cada uno de mis compañeros, un hombre valiente; pero qué quereis? La guerra se ha concluido. Desde soldados que éramos empezamos á hacernos salteadores: no nos pidais otra cosa, sino que de salteadores nos volvamos á convertir en soldados.

—Lo dices de veras? preguntó el monge juntando las manos con trasporte. Bien! hijo mio, continuó corriendo radiante al armario, que dejó ver claramente al abrirlo las riquezas que encerraba: muy bien! todo esto te va á pertenecer porque está destinado para pagar un ejército.

Mientras que el rey de los malandrines se quedó un rato suspenso, deslumbrado, con la vista de aquellos objetos de tanto valor, el monge le dijo con tono solemne, señalando con el dedo al Cristo colgado en la pared:

—De rodillas, Brúlefer! adora esta cruz que llevarás sobre tus estandartes. Los reyes hacen voto de ir á la cruzada, pero no lo cumplen. Tú irás en nombre de tus príncipes y rescatarás tus pasadas iniquidades.

Tomó la espada adornada de piedras preciosas que estaba en la almohadilla de terciopelo encarnado, y echando el rico tahalí á la espalda del rey de los malandrines:

—En nombre de Jesucristo, dijo: yo te ciño esta espada. Y añadió con majestad: Ahora levantaos, Juan Rouaut, capitán de las tropas francesas, para la campaña de Siria, bajo las órdenes de Pedro de Luisián, rey de Chipre y Jerusalem!

El rey de los Desolladores se levantó bruscamente: el hermano Leon se quedó inmóvil. Una luz roja y sangrienta penetraba en la celda. La campana mayor de la iglesia de los celestinos tocaba lúgubrementemente á rebato. Los dos salieron á un tiempo y bajaron al patio.

Juan Rouaut miraba á todos lados con inquietud. La luz salia por detrás de las tapias exteriores del convento, y dibujaba sobre la tierra los capiteles y cúpulas del campanario: diversas figuras negras y siniestras se deslizaban en la oscuridad, tropezando con algunos monges que corrian asustados sin saber donde, invocan-



do uno despues de otro á todos los santos del cielo.

—Miserables! dijo entre dientes Juan Rouaut. Sin haber esperado mi señal! Caro lo han de pagar! Voy á hacer un ejemplar terrible!

Detrás de la puerta que conducia al interior del edificio, un hombre de alta estatura, pero cuya figura no podia distinguirse, estaba inmóvil, en la misma forma que un cazador en el puesto: era el hermano portero, el colosal Ambrosio. Tenia en la mano la barra de hierro de la puerta principal, inútil, puesto que los enemigos se habian introducido sin saber por donde, pero de la que habia hecho un arma terrible, pues ya estaba manchada de sangre.

—Hermano Leon, dijo, el convento lo van á saquear los Desolladores, cuatro veces mas numerosos que los soldados que los persiguen: unos han entrado á robar, mientras que los otros por fuera, fuerzan las puertas de la iglesia. Ya he enviado cuatro con el diablo.... Dios los perdone! Eh! amigo mio, añadió, reconociendo á Juan Rouaut y blandiendo su barra de hierro, dí el credo porque vas á reunirte con ellos.

Brúlefer esquivó el golpe: la barra de hierro cayó lentamente clavándose en la tierra. El ágil jefe de los Desolladores desapareció en la oscuridad, haciendo oír dos veces su silbato.

—Oís, hermano mio? dijo el robusto monge que se habia quedado inmóvil apoyado sobre su barra de hierro. Ved el pillo que habeis salvado, manda Dios que se dé crédito á la palabra del hombre que lleva, como ese, una serpiente en su seno?

El hermano Leon no tuvo tiempo ni voluntad de disculpar á Juan Rouaut. Los Desolladores tenian una nombradía tan siniestra, que toda su elocuencia no hubiera sido suficiente para borrarla de la imaginacion de su cofrade. Esperó á que interviniendo la mano de la Providencia hiciera cesar el desorden.

El prior habia reunido á los monges y se dirigia con ellos hácia la iglesia. La puerta principal estaba cerrada: fué necesario que entrase por la de la sacristía, enteramente resuelto á dejarse matar sobre las gradas del altar. Al momento hizo quitar del tabernáculo, no los cálices, copones, ni patenas, sino lo que habia de mas precioso y santo, las hostias consagradas, que fueron depositadas por su mandato en lugar seguro. Despues de haber hecho encender todos los cirios como en un dia solemne, entonó con voz firme y vibrante el lúgubre salmo *Dies iræ*, al que los gritos que sonaban afuera y los crujidos de la puerta que sucumbia á los golpes de los Desolladores daban una espantosa majestad.

Entre tanto, á medida que los monges cantaban, el ruido disminuía. Bien pronto el salmo se acabó sin su lúgubre acompañamiento, y cuando el prior pronunció la fórmula *Benedicat vos Omnipotens Deus*..... un silencio profundo reinaba dentro y fuera de la iglesia; se podria decir que la mano de la Providencia se habia extendido sobre aquella multitud de monges prosternados, para libertarlos y defenderlos.

—Hermanos míos, dijo el prior, pasaremos la noche en oracion, pidiendo al cielo que aleje su cólera de esta santa casa, é intercediendo por esos desgraciados pecadores que han intentado violar el santuario, trayendo hasta sus puertas el hierro y las llamas, cual otros Hunos conducidos por un nuevo Atila.

—Padre mio, dijo el hermano Leon adelantándose con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre su pecho; he hablado esta misma noche con el jefe de esos miserables, y puedo afirmar que si lo encontrase, me aseguraria de que el convento no corre ya peligro.

—No vayais hácia esos malvados, hijo mio, contestó el prior. El santo hábito que llevais no serviria sino de estímulo á su crueldad.

—Qué importa la vida de un indigno servidor de Dios, padre mio, respondió Leon, cuando se trata de alejar los males que todavía pueden amenazar á toda la comunidad?

—Id pues, hijo mio, dijo suspirando el prior, mientras que nosotros permanecemos aquí pidiendo por vos al Ser Supremo.

El hermano Leon se inclinó humildemente, y salió de la iglesia encaminándose hácia el lado del Oeste, donde estaba la puerta principal del monasterio.

### III.

#### El rey de los Desolladores.

Los patios y jardines estaban desiertos, y llenos de pedazos de muebles rotos. Reinaba el más profundo silencio. Tan solo se oía á alguna distancia un sordo murmullo que por intervalos se elevaba, se engrosaba, apagándose y confundándose á seguida en el silencio de la noche.

Como todos los edificios importantes de aquel tiempo, los conventos se parecian á las fortalezas. En el sitio que ocupaba hoy la acera izquierda de casas de la hermosa calle de Petit-Muse, se levantaban diseminadas y sin orden, algunas casuchas rodeadas de palos y ramas de árboles. Los muros de la abadía se extendian por el costado derecho frente de dichas casas, ocupando la calle en más de la mitad de su lon-



gitud. Dos torres con sus troneras y almenas protegían un pórtico elíptico, cerrado con una puerta maciza con gruesos clavos, en la que el hacha hubiera sido inútil sin la ayuda del fuego.

El hermano Leon había llegado detrás de esta puerta: la luz penetraba vivamente por las aberturas de los tablones, el ruido se oía más distante; una mano pesada le toca á la espalda.

—Ahí están! dijo en voz baja el hermano portero que lo había seguido en silencio. Mirad los bancos donde se sientan los paralíticos á quienes distribuimos la sopa: son macizos de encina, y si quereis ayudarme á subirlos en un instante sobre las almenas, los arrojamós sobre esos pobres pecadores, y que Dios los perdone! Eso producirá buen efecto.

—No nos apremiemos á verter sangre, respondió el hermano Leon; abridme la puerta de esa torre.

El hermano Ambrosio obedeció. Leon subió con trabajo la escalera de caracol, llegó á la plataforma de la torre y dirigió una mirada á la calle. El resultado del examen parecía haberle satisfecho, porque bajando al cabo de algunos minutos, le dijo el hermano portero que abriese la puerta exterior. El llavero se quedó absorto.

—Hermano mio, dijo, se conoce que habeis sido soldado, pero debeis advertir que no somos bastantes los dos solos para hacer una salida.

—Por eso no va á hacerse una salida, respondió Leon. Aquí quedareis vos y yo iré solo. Puesto que conocéis los usos de la guerra no ignorais lo que es un parlamentario.

(Continuará).

F. J. R.

## VARIETADES.

### NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA.

Oscura es la noche; ni la luna despide su melancólica luz, ni las estrellas aparecen en el horizonte.

Los Alpes están cubiertos con su capa de nieve, que se extiende también muchas leguas por la llanura.

El viento huracanado levanta sendos torbellinos de nieve que cubren la vista de un infeliz viajero que muerto de frío y aterrorizado no sabe dónde coloca sus inseguras plantas. Gimé y llora, y el silbido del viento y el eco de la montaña parece acompañarle en el terror, que aumenta en grados al grito hambriento de los lobos que buscan cómo matar su hambre.

¿Dónde vas, viajero, entre esas montañas llenas de escabrosidad y entre peñas escarpadas y horribles precipicios? ¿Te atreves á caminar en una noche tan oscura, desafiando los vientos y la nieve?..... ¡Viajero, viajero! encomienda tu alma al Señor. La muerte, una muerte segura abre ya sus brazos pronta á ahogarte!

El viajero sigue penosamente su camino. Dentro el capuchón de su abrigo esconde el rostro para librarse de la inclemencia; su mano apenas puede sostener el palo en el que apoya su cuerpo fatigado.

—¡Dios mio! ¿dónde estoy?

Así exclama, parándose un momento para respirar, mientras la nieve pretende arrastrarle debajo sus pies.

—Si hubiese pernoctado en Balherbe ¡cuán bien pasaría la noche! Buena cama, fuego abundante, vino generoso, cena opípara..... El retardar un día mas regresar al seno de mi familia poca cosa importaba. Ahora me veo sin saber dónde estoy, perdido entre la nieve, devorado por el hambre, el cuerpo molido y las piernas sin poderme sostener. ¡Dios mio, Dios mio! salvadme!

Bien se esforzaba el infeliz viandante en recobrar sus fuerzas; todo era inútil. Su vista turbada solo de vez en cuando se cercaba de espanto al ver los abismos que le rodeaban, y en ciertos momentos, cual presa del vértigo, chocaban sus dientes uno con otro, temblaba todo su cuerpo y flaqueábanle las piernas.

—¡Piedad, Señor! no mireis mis miserias, pero si compadeceos de mi mujer y de mis hijos! ¡Virgen santa! acuérdate que he dado este rodeo para poderte visitar.

Y haciendo un esfuerzo supremo vuelve á ponerse en marcha, pero inútilmente; húndese la nieve debajo sus pies, y el infeliz viajero desaparece exhalando un grito de terror y agonía.

Nadie hubiera presagiado un mal tiempo en el momento de despedirse Cipriano Bonnat de su esposa é hijos. Su ausencia no debía prolongarse mas que tres dias: uno para el viaje hasta Consolacion, otro para estar al lado de su hijo, estudiante del pequeño Seminario, y otro para regresar.

Todos los dias recibían cartas de su hijo Augusto, en que indicaba deseos de ver á sus queridos padres. Nada le faltaba en el Seminario, y si al separarse de la familia no se impresionó, á los pocos dias pudo calcular el valor de un bien perdido y que jamás hubiera imaginado tan grato.

¡Ah! nada más dulce que las delicias del hogar doméstico, nada tan grato como la mirada vigilante y al mismo tiempo cariñosa del padre, como los cuidados de la madre y las caricias tiernas de los hermanitos.

—Ya que nuestro hijo desea vernos, iré á visitarle, había dicho Cipriano; pasaré el pueblecito del Castillejo, y al regresar visitaré la ermita de la Virgen de la Peña; es verdad que el camino es pesado y algo mas largo, pero el cielo nos favorece con unos dias tan hermosos que seria una ingratitud no visitar á nuestra Patrona para pedirle su bendición. ¿Qué te parece Genoveva?

—Que me place visites á Augusto; yo quisiera acompañarte, pero soy vieja, temo el frío, y nuestros hijitos pequeños no pueden quedar solos; pero ya te acompañaré con el corazón y el pensamiento; quedaré contenta.

Mientras esto decia, al recuerdo de su hijo, una pícará lágrima deslizábase por sus mejillas.

(Concluirá).

P. V.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.